

EL VERDADERO AMOR Juan 3:16

Rápidamente entramos al segundo mes del año. En el mes de Enero estuve enfatizando mucho la importancia de comenzar el año con una renovación completa de uno mismo; con comenzar el año con un cambio de actitud y de renovación de la fe cada día, buscando ser mejores y hacer las cosas mejor que en otros años. Prediqué que Dios está trabajando en nosotros una obra de perfección, afirmación, fortaleza y establecimiento. También estuve enfatizando mucho en el confiar y descansar en Dios haciendo lo que nos toca hacer y dejando que Él haga el resto, pues nos ha prometido llenar nuestras tinajas de harina y nuestras vasijas de aceite, es decir, nos ha prometido llenar hasta el tope todo lo que nos falta conforme a sus riquezas en gloria en Cristo Jesús. Este puede ser el mejor año de nuestra vida si podemos creer, si nos mantenemos firmes en la fe, fieles al Señor y obedientes a su Palabra. Y lo más hermoso es que, el año que viene, puede ser todavía mejor que este que comienza y así sucesivamente, porque el cristiano vive una vida de mejora continua en el Señor. Es mi oración que este año usted permita que el Señor haga esa obra en usted y que no se desanime por nada del mundo. Le aseguro que la recompensa será grande.

Así que ya pasó el mes de los propósitos del año y entramos ahora al mes que se conoce como el “Mes del amor y la amistad”. Como ocurre con la Navidad, con Semana Santa y con la mayoría de los eventos que celebramos en el año, la mercadotecnia trata de ocupar un papel importante bombardeando a la audiencia con mensajes acerca del significado de estos eventos. Quienes manejan la mercadotecnia, en realidad no están interesados en el evento mismo sino en convencerle de por qué debe comprar. Y ahora que estamos celebrando este *mes del amor*, no es la excepción. Para la mercadotecnia, el amor se muestra con comprar para dar, pero en la Biblia vemos que el Señor Jesús nos mostró su amor al revés: Él dio para comprar. De hecho nos enseñó que, el amor, mucho más que solamente dar es darse a sí mismo. Él dio su propia vida para comprar la suya y la mía.

Sin duda alguna, el versículo que más conoce la gente en el mundo, tanto creyentes como no creyentes, es Juan 3:16. Lo vemos por todas partes y la verdad me encanta verlo por todas partes. Lo vemos escrito en

los pomulos de algunos deportistas cristianos, lo vemos en el futbol americano cuando van a patear algún gol de campo, lo vemos en el béisbol detrás del *home plate*, lo vemos en algunos autobuses, en anuncios espectaculares, etc. Algunos le llaman a Juan 3:16 “*el Evangelio en pocas palabras*”, porque resume el mensaje de Salvación y los elementos que componen este el mensaje de Salvación, siendo el primero de ellos, el amor de Dios, y del amor es de lo que quiero hablar hoy.

“Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo Unigénito, para que todo aquel que en Él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna” (v.16).

Es verdad que el amor se muestra dando, cuando al dar, buscamos el bienestar de los demás; el amor busca siempre el bienestar de otros y de uno mismo. Pero el Señor nos enseña que el amor más grande se muestra al darse a sí mismo. El Señor Jesús lo resumió de la siguiente forma cuando dijo: *“Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos” (Jn. 15:13)*. Pero el Señor Jesús hizo todavía mucho más; no solo dio su vida por sus amigos, sino que dio su vida para rescate aun de sus enemigos y aún por los que, en su naturaleza humana, ni siquiera conoció, entre los cuales estábamos usted y yo. Pablo dice que el Señor mostró su amor dando su vida por nosotros cuando aún éramos pecadores (*Ro. 5:8*) y, cuando éramos viles pecadores, vivíamos considerados como enemigos de Dios; enemigos que fuimos traídos a la reconciliación con Dios por medio de Cristo (*Ro. 5:10*). Este es el amor de Dios.

En nuestro versículo de hoy, cuando el Padre entregó a su Unigénito Hijo, en realidad se estaba dando a sí mismo, y cuando el Hijo vino a la tierra nos enseñó la forma más sublime de dar amor. Y este es el modelo de amor que nosotros debemos de seguir, el modelo que debemos de imitar como imitadores del Señor; porque ser seguidores de Cristo significa que somos imitadores de Él. Así que nuestro standard o nuestra medida de amor no puede ser menor a esto.

Pero, ¿qué significa poner la vida propia por la de otros?, ¿cuándo pone uno su vida por la de los demás? Sin duda, no se refiere únicamente cuando se trate de entregar la vida literalmente hablando, porque seguramente son muy pocas las probabilidades de que esto ocurra. Pero, en el contexto de la vida diaria, significaría cuando podemos sacrificar nuestro tiempo para dárselo a quien lo necesita y estamos pendientes del bienestar de esa persona, cuando podemos sacrificar ciertos gustos como ir a comer a un restaurante, como ir al cine, comprar ropa, etc., para darle

a alguien a quien vemos en estado de necesidad, y por supuesto, cuando además de todo esto, estamos orando por esa persona. Desde luego, se muestra también cuando estamos comprometidos y pendientes del sostenimiento y bienestar de nuestra congregación, es decir, de nuestros hermanos y de la obra.

Este es el verdadero amor. Por eso siempre he enfatizado que el amor a la manera de Dios no se reduce a un simple sentimiento. El amor es decisión y es sacrificio. El amor implica compromiso. Los sentimientos van y vienen conforme al estado de ánimo nuestro, pero las decisiones no dependen de nuestro estado de ánimo sino que se mantienen a pesar de nuestro estado de ánimo porque implican un compromiso que no podemos ni queremos romper. Aquí es donde muchas veces entra el sacrificio. Piense por ejemplo en las veces en que, aún enfermo o enferma, ha tenido que ir a trabajar porque tiene una tarea o un proyecto que no puede esperar; o a la escuela porque tiene una clase o un examen que no puede perder. Aquí están envueltos estos mismos elementos de compromiso y sacrificio. En el amor es lo mismo, no funciona sin compromiso y sin sacrificio. El amor se muestra en acción.

El Apóstol Pablo hace la referencia a cómo debe ser nuestro amor cuando pone el ejemplo del Señor Jesús quien amó tanto a la iglesia que se entregó a sí mismo por ella (*Ef. 5:25*). Si el amor fuera un sentimiento, entonces Dios no nos amaría como nos ama y seguramente jamás hubiera entregado a su Único Hijo para salvación del mundo. Si así fuera, entonces el Señor hubiera sido bastante meticuloso o detallista para evaluar quién sí merece el sacrificio de su Hijo y quién no; y lo más triste es que, si hubiera sido así, hubiera concluido que nadie lo merecía y entonces no lo hubiera entregado y ahora todos estaríamos perdidos sin Cristo, sin fe y sin esperanza de Salvación y vida eterna.

Si el amor de Dios hacia nosotros dependiera de que fuéramos perfectos en la tierra, o sea, sin errores y sin fallas, entonces Dios no amaría a nadie. Pero su amor lo muestra cuando, a pesar de nuestras fallas, el Señor ha decidido amarnos. El Apóstol Pedro lo expresa de la siguiente manera: *“Y ante todo, tened entre vosotros ferviente amor; porque el amor cubrirá multitud de pecados” (1P. 4:8)*. La palabra *pecado* es la traducción literal de *“fallar al blanco”*. Entonces, lo que Pedro dice es que el amor cubre multitud de fallas. Es decir, mi amor por ti debe ser más grande que tus fallas o que tus errores. No significa que se ignoren esas

fallas o errores, por supuesto que se tienen que corregir si hacen daño a la relación, así como Dios lo hace con nosotros. Como paréntesis, permítame decirle que cuando lo que nosotros consideramos como fallas o errores realmente no hacen daño, pero simplemente no nos gustan, el amor nos hace tolerar, aceptar y respetar a la persona tal como es. Entonces, que el amor cubre multitud de fallas, significa que el amor permanece inalterable a pesar de esas fallas o errores.

Dios nos da el mejor ejemplo de esto con nosotros. Él no nos ama más cuando hacemos cosas buenas, ni nos ama menos cuando nos equivocamos; Dios simplemente nos ama, porque el amor busca el bienestar de los demás y, en una relación, busca la estabilidad ya sea de pareja, con los hijos, con los amigos, etc.

En griego existen varias palabras para decir amor. La que se usa aquí es *agapáo*. A diferencia de las otras palabras que también significan amor, esta palabra muestra un amor que es incondicional, un amor que se da por completo, uno que no crece ni disminuye porque precisamente por eso se dio por completo. No se da porque alguien se lo merezca, se da porque se quiere dar, porque se ha decidido a darlo; es un amor que no depende de las circunstancias ni del estado de ánimo. Así es el amor de Dios y déjeme decirle que esta palabra es la misma que se utiliza cuando nosotros somos llamados a dar amor. El Señor, que es la fuente y origen del amor porque Él mismo es amor, nos enseña en su Palabra cómo es el verdadero amor. Aquí les muestro algunas características del verdadero amor que encuentro en la Palabra. Este es el amor a la manera de Dios, el amor que nosotros también debemos practicar.

El amor de Dios no distingue personas, es decir, no hace diferencia de personas, y en múltiples versículos de la Escritura nos llama a que tampoco nosotros lo hagamos; nos llama a amar a todo el mundo. Tan no hace distinción de personas el amor, que el Señor nos llama a amar aún a los enemigos. El amor nos hace actuar con justicia. El amor es la marca distintiva de un creyente. El amor nos hace dar y darnos a nosotros mismos. El amor nos hace ser obedientes a Dios.

El amor de Dios es un vínculo inquebrantable, es decir, es un lazo que nada ni nadie puede romper (Ro. 8:35-39), y así mismo debe ser nuestro amor por Dios y nuestro amor por el prójimo, es decir, no solo por familia, familiares y amigos, sino por toda persona en el mundo. El amor

nos mantiene en la unidad en cualquier clase de relación. El amor es real, no puede ser fingido porque los hechos son los que muestran si el amor es verdadero o no; el amor no hace daño a los demás, el amor construye, no destruye. Pablo lo resume muy bien cuando dice: *“El amor es sufrido, es benigno; el amor no tiene envidia, el amor no es jactancioso, no se envanece; no hace nada indebido, no busca lo suyo, no se irrita, no guarda rencor; no se goza de la injusticia, mas se goza de la verdad. Todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta. El amor nunca deja de ser”* (1Co. 13:4-8).

Conclusión.

Podría decir mucho más sobre el amor de acuerdo a Dios, pero creo que esto es suficiente para tener claro lo que el amor significa. Esto lo digo porque hoy en día se ha rebajado tanto el significado del amor verdadero que se le confunde simplemente con muestras de cariño, o con la pasión o el sexo, o se le confunde con un sentimiento, o con el romanticismo. Pero el amor es mucho más que eso.

Como creyentes, estamos llamados a amar sin hacer distinción de personas. Los dos más grandes mandamientos de la Ley de Dios están relacionados con el amor tanto a Dios como al prójimo, y prójimo, no es solamente la familia, los familiares o los amigos. Prójimo es el más próximo, es decir, toda persona que se encuentre en nuestro camino.

El amor que demos a ellos refleja cómo es nuestro amor a Dios; el amor a ellos es el sello distintivo de que somos creyentes, hijos de Dios. El mejor ejemplo de amor verdadero lo encontramos en Dios el Padre que ha dado a su Hijo en sacrificio para pagar nuestra deuda del pecado. Lo encontramos en el Hijo que aceptó darse a sí mismo en ofrenda; su vida por la nuestra, como dice Pedro, *“el justo por los injustos”* (1P. 3:18). El Señor Jesús murió para darnos la oportunidad de vivir. Él aceptó pagar nuestra deuda y el Padre aceptó el pago. El amor verdadero también lo encontramos en el Espíritu Santo que nos tocó para arrepentimiento de pecados, para quitarnos la venda de los ojos y para impulsarnos para venir a los pies de Cristo y tomar su oferta de Salvación y vida eterna.

Fue el Espíritu Santo quien nos buscó una y otra vez hasta que vinimos a Cristo, Él nunca se cansó ni dejó de hacerlo. Y una vez que hemos venido, es quien nos sostiene, nos fortalece, nos corrige y nos guía en nuestro camino. Es el Hijo quien constantemente está intercediendo por nosotros, quien no nos deja ni un momento solos tal como Él lo prometió.

Y es el Padre que siempre busca lo mejor para nosotros, que siempre busca nuestro bienestar en todo sentido y por ello nos llena de bendiciones en el camino a la Tierra Prometida: el cielo.

Esto es el verdadero amor y nosotros estamos llamados a mostrar ese verdadero amor no solo de palabra, sino con hechos. ¿Cómo? No dejando de hacer el bien, buscando siempre el bienestar de otros en la medida de nuestras posibilidades. Llevando a todos los que podamos a los pies del Señor, buscando y buscando sin cansarnos, así como Dios no se cansó con nosotros. La Regla de Oro del amor no es no hacer a otros lo que no queremos que hagan con nosotros; eso está bien, pero no es la Regla de Oro del amor. La Regla de Oro del amor es hacer a otros lo que nos gustaría que hicieran con nosotros, y hacerlo aun cuando nadie lo hiciera con nosotros. Aquí es donde reflejamos quién es Dios en nuestras vidas y reflejamos el amor de Dios a los demás. Si todos los creyentes podemos hacer esto, le aseguro que haremos la diferencia para que este mundo cambie, se entregue a Cristo y viva en unidad, armonía y paz, que son resultados del verdadero amor. Amén.... Vamos a orar...